www.elboomeran.com

Director de colección: Raúl López López

MUSEO LICEO EGIPCIO

Copyright © 2003, 2015 by Salima Ikram

First published in 2015 by the American University in Cairo Press

Título original: *Death and burial in ancient Egypt*

© Salima Ikram, 2022

© de la traducción, Ignacio Alonso Blanco, 2022

© Editorial Almuzara, S.L., 2022

Imagen p. 162: © Dr Edouard Lambelet, Lehnert & Landrock - Egypt

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Editorial Almuzara • Colección Nun

Director editorial: Antonio Cuesta

Edición: Ana Cabello

Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

I.S.B.N: 978-84-18648-76-2

Hecho en España - *Made in Spain*

Material protegido por derechos de autor

www.elboomeran.com

PRÓLOGO

A juzgar por la gran cantidad de templos funerarios, tumbas y momias que nos ha legado el Antiguo Egipto, sería comprensible pensar que sus habitantes estaban obsesionados con la muerte. Sin embargo, no es así. Los egipcios estaban obsesionados con la vida y su continuación, y no con una fascinación morbosa por la muerte. La elaboración de tumbas, templos funerarios y momias era una celebración de la vida y un complejo sistema destinado a perpetuarla durante toda la eternidad.

El nacimiento y la muerte son dos acontecimientos experimentados por todo el mundo; esta universalidad nos ayuda a establecer vínculos culturales sin que importe la época ni el lugar. Para los egipcios, como para los miembros de cualquier otra civilización, la muerte era parte del viaje de la vida. Un punto de transición o transformación tras el cual esta última continuaba, pero de otro modo: en el plano espiritual, no en el físico.

Estas tumbas, templos y restos humanos no solo nos proporcionan conocimientos acerca de la religión y las creencias funerarias de los antiguos egipcios, sino también sobre su vida cotidiana, su economía y su dominio de diferentes tecnologías. Las tumbas y sus contenidos se cuentan entre los primeros y más ricos vestigios que conservamos del Antiguo Egipto, de ahí la atención brindada por los arqueólogos.

Este libro pretende facilitar una comprensión general de las creencias funerarias de los antiguos egipcios, sus costumbres y la expresión física de las mismas y, de este modo, también cierta comprensión de la ancestral cultura egipcia. No obstante, hay que ser cauteloso a la hora de interpretar los ritos funerarios de los antiguos egipcios y tener en cuenta que todas las opiniones de los egiptólogos no son más que una amalgama de interpretaciones subjetivas obtenidas a partir de una deficiente base de datos. El tiempo y la cultura nos alejan de los antiguos egipcios. No dejaron por escrito ninguna explicación clara acerca de sus creencias y tradiciones, por eso las presentadas en este libro son el resultado del análisis de los datos a disposición de los egiptólogos y, como tales, solo conforman una interpretación de dichas creencias y de la relación entre los vivos y los muertos.

Material protegido por derechos de autor

www.elboomeran.com

1
EGIPTO, HISTORIA Y MARCO GEOGRÁFICO

La historia del Antiguo Egipto se divide en dinastías e imperios (*véanse* las tablas cronológicas). Esta división en dinastías es resultado de la obra de Manetón, historiador y sacerdote egipcio nacido en un lugar de la región del delta del Nilo llamado Sebennitos (Samanud) que vivió hacia el año 280 a. C. Los primeros reyes ptolemaicos (Ptolomeo I y II) le encomendaron escribir una historia de Egipto con el objetivo último de vincular su dinastía, la ptolemaica, con los anteriores faraones y, de ese modo, que los egipcios los tuviesen por gobernantes legítimos. Manetón, empleando las fuentes conservadas en los templos, entre otras, dividió su historia en treinta dinastías a las que posteriores editores añadieron una más, hasta concluirla en el año 332 a. C., cuando Alejandro Magno conquistó el territorio. Por desgracia, no hemos hallado ninguna copia completa de la historia de Manetón, pero se conservan algunos fragmentos en los escritos de eruditos posteriores que citaron ampliamente el trabajo del sacerdote egipcio. Las divisiones dinásticas presentadas por Manetón no se corresponden con el significado habitual del término, pues estas dinastías no concluyen con la extinción del linaje gobernante y el ascenso al poder de uno nuevo. En vez de eso, tenemos casos en los que hubo más de una familia gobernando a lo largo de una dinastía y en los que una misma familia ejerció el poder en dos dinastías diferentes, es decir, que entre el gobierno del padre y la ascensión al trono del hijo hubo una inexplicable ruptura dinástica.

Con el fin de completar la información dejada por Manetón, los egiptólogos emplean algunas otras «listas reales» antiguas para obtener una mejor comprensión de la secuencia de gobernantes egipcios. Las «listas reales» son, como indica su nombre, listas de reyes citados de modo secuencial. Sin embargo, estas no siempre son claras y fiables, pues en ellas se incluyen divinidades y venerados ancestros que, supuestamente, gobernaron Egipto durante su edad de oro colocados en orden cronológico. Estas listas se hallan en diferentes contextos: en varios templos (p. ej., Abidos y Karnak), en anales donde se especifica cada año de reinado de un gobernante concreto y en una lista de referencia escrita en papiro. Estas relaciones ayudan a comprender la historia de Egipto, pero se han de evaluar con sumo cuidado, pues muchas están dañadas o incompletas y otras se redactaron para servir a un propósito político o religioso determinado: proporcionar legitimidad al gobierno de una familia concreta o desacreditar el de un gobernante u otro linaje. En resumen, solo incluyen los reyes que el autor consideraba «legítimos». Además,

Material protegido por derechos de autor

www.elboomeran.com

para obtener una visión más completa de la historia del Antiguo Egipto, los estudiosos también emplean la datación por radiocarbono, las fechas concretas de acontecimientos astronómicos, el sincronismo con sucesos acaecidos en otros países de Oriente Próximo y los registros arqueológicos.

La división de la historia egipcia en los Imperios Antiguo, Medio y Nuevo es una creación de los egiptólogos. Estas etapas llamadas «imperios», que comprenden varios grupos dinásticos, son periodos temporales continuos en los que un gobierno central estable rige un Egipto unido. A su vez, estos periodos se encuentran interrumpidos por otros llamados «intermedios», cuya característica es la ausencia de un Gobierno central estable y donde, a menudo, varias dinastías ejercían un poder independiente en distintas regiones. Los periodos conocidos como prehistórico y predinástico preceden a la historia de Egipto como unidad territorial.

Ilustración 2. La lista real del templo de Osiris, en Abidos, (construido por Seti I) es uno de los documentos históricos más importantes del Antiguo Egipto. Esta nos proporciona una relación de gobernantes que se extiende desde los primeros tiempos hasta el reinado de Seti. Ubicación: Abidos. Fotografía: J. Baines.

UNIFICACIÓN Y ESTABLECIMIENTO DEL ESTADO EGIPCIO

Egipto no era un país cohesionado antes de *c.* 3050 a. C.: el valle del Nilo se dividía en algo que podríamos considerar una serie de ciudades-Estado, cada cual con sus gobernantes y divinidades locales. Nos referimos a esta época con el término «Periodo Predinástico», pues precedió a las dinastías que unirían y gobernarían Egipto durante unos tres mil años (*véanse* las tablas cronológicas). Existen diferencias distintivas en las culturas propias de cada región, principalmente entre las correspondientes al Alto Egipto (el sur) y al Bajo Egipto (el norte, sobre todo, la región del delta). Los vestigios materiales que distinguen a estas culturas se concretan en varios tipos de cerámica, herramientas líticas, viviendas y prácticas funerarias, como pueden ser la ubicación del sepulcro, el tipo de tumba, la disposición del cuerpo y el ajuar funerario contenido en la sepultura.

Material protegido por derechos de autor

www.elboomeran.com

El Periodo Predinástico se divide en cinco subperiodos principales, algunos de los cuales son coetáneos, que reciben el nombre del yacimiento arqueológico donde se hallaron los vestigios físicos considerados característicos de cada cultura y periodo. En el Bajo Egipto predominó la cultura Maadi desde *c.* 4000 hasta *c.* 3200 a. C. En el Alto Egipto el Periodo Predinástico se divide a su vez en tres subperiodos: el Badariense (*c.* 4500 – 4000 a. C.), seguido por el Amratiense o Nagada I (*c.* 4000 – 3500 a. C.) y después por el Gerzense o Nagada II (*c.* 3500 – 3200 a. C.). Las pruebas de cierta presencia de la cultura Nagada en el norte de Egipto se remontan a esta época. Desde *c.* 3200 hasta *c.* 3000 a. C. la cultura Nagada llega a dominar todo el país, y sus restos materiales se encuentran a lo largo y ancho de Egipto e incluso en la Palestina meridional. Esta época se conoce como periodo Nagada III/dinastía 0; fue entonces cuando se instauraron los fundamentos del Estado egipcio y el país se unió bajo el reinado del rey Narmer.[1]

El periodo Dinástico Temprano, también conocido como Periodo Arcaico (correspondiente a las dinastías I y II), fue una etapa formativa de la historia egipcia durante la cual se establecieron las bases del sistema burocrático estatal, el arte, la arquitectura y la religión. Se construyeron cementerios reales en Abidos y después en Saqqara. En todo el territorio egipcio se crearon cementerios no vinculados a la realeza, con las tumbas pertenecientes a importantes oficiales agrupadas alrededor de Abidos y en la necrópolis menfita (de Guiza a Saqqara). El establecimiento de un cuerpo burocrático ordenado y capaz es patente en la organización requerida para construir y mantener los elaborados centros funerarios reales, y las diferencias sociales se manifiestan con claridad en los distintos enterramientos ajenos a la familia real.

Ilustración 3. La organización social se refleja en los cementerios de las pirámides; la pirámide del monarca se encuentra en el centro y a su alrededor se agrupan las mastabas de su familia y cortesanos. Ubicación: Guiza.

LA ÉPOCA DE LAS PIRÁMIDES

El Imperio Antiguo (dinastías III y IV) fue un periodo muy estable y extremadamente próspero de la historia egipcia regido por un fuerte Gobierno central. Con toda

Material protegido por derechos de autor

www.elboomeran.com

seguridad, el poder se concentraba en manos de un monarca contemplado como la personificación del dios Horus sobre la tierra y adorado como tal. En ninguna otra época de la historia del país hubo reyes tan autoritarios y poderosos. La muy bien organizada burocracia de este periodo contribuyó a facilitar la construcción de las estructuras que le dieron su nombre: «la época de las pirámides». En este tiempo se construyeron las pirámides reales en la región menfita, donde se encontraba la capital, con las tumbas de la alta nobleza agrupadas a su alrededor. Hasta cierto punto, la disposición de los cementerios reflejaba la jerarquía social, tal como se puede observar en los títulos de los nobles. Durante esta época, Egipto no solo se concentró en crecer y prosperar dentro del valle del Nilo, sino también en controlar los oasis y el comercio, además de combatir a sus vecinos en Libia, Nubia y Oriente Próximo.

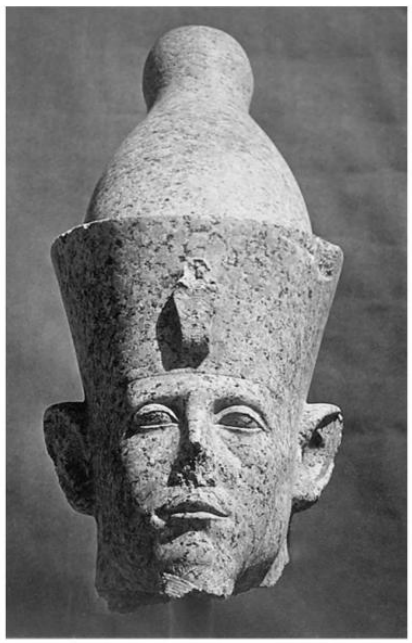

Ilustración 4. Esta estatua de Senusert III, tallada en granito rojo, muestra la agotada y apesadumbrada expresión plasmada con frecuencia en los retratos de los gobernantes de finales de la dinastía XII. *Ubicación: Museo de Luxor.*

La estabilidad del Imperio Antiguo no se extendió más allá de la dinastía VI. Entonces, a causa de un anciano y debilitado gobernante que reinó a finales de esta, de ciertos cambios en el clima que afectaron a la agricultura y del creciente poder de varios nobles y miembros del clero, el Gobierno se desmoronó y el país cayó en el desorden. El periodo comprendido entre la dinastía VII (cuya existencia ha sido cuestionada últimamente por los especialistas) hasta mediada la dinastía XI recibe el nombre de Primer Periodo Intermedio. Durante esta época no hubo una autoridad central fuerte; más bien se podría decir que el país volvió a dividirse en un conjunto de belicosas ciudades-Estado, todas con sus respectivos centros de poder. De estos diferentes grupos surgieron dos importantes potencias: Heracleópolis en el norte, cerca de Fayún, y Tebas en el sur, en la zona de la moderna Luxor. Estas dos

Material protegido por derechos de autor

www.elboomeran.com

potencias mantuvieron una tensa coexistencia durante cierto tiempo antes de entablar una serie de batallas de las que saldrían victoriosos los gobernadores tebanos y acabarían reunificando el país.

EL IMPERIO MEDIO Y EL SEGUNDO PERIODO INTERMEDIO

Mentuhetep II, faraón responsable de la reunificación de Egipto, fue el primer monarca del Imperio Medio (desde mediada la dinastía XI hasta la XIII). El Imperio Medio fue testigo de un periodo de renovada prosperidad en Egipto: sus fronteras se extendieron hacia el sur, ya en territorio nubio, donde construyeron enormes fortificaciones de adobe; hubo un incremento de la actividad comercial con Oriente Próximo y se realizaron notables progresos en los campos de la literatura y la medicina.

Sin embargo, los faraones perdieron poder y ciertos privilegios respecto a los soberanos del Imperio Antiguo, aunque en teoría aún mantenían su categoría de reyes divinos. Las representaciones de algunos faraones de la última etapa los muestran con expresiones preocupadas y pertrechados con amuletos protectores. Esto supone un fuerte contraste respecto a las imágenes reales correspondientes al Imperio Antiguo, cuando el rey se mostraba como un hombre jovial, viril y despreocupado. Desde luego, los reyes del Imperio Antiguo no necesitaron amuletos protectores, pues eran divinidades. Individuos no pertenecientes a la familia real se adueñaron entonces de algunos derechos religiosos, como los textos funerarios, de los que disfrutaron los reyes del Imperio Antiguo: otro indicativo de la menguada condición divina del monarca. Siguieron construyendo pirámides como sepulcros reales durante el Imperio Medio, aunque en su mayoría se trata de edificaciones de pobre factura y un tamaño bastante menor que el de las erigidas durante el Imperio Antiguo. Las pirámides correspondientes a este periodo se construyeron principalmente en Fayún, lugar que experimentó un notable progreso gracias al desarrollo agrícola impulsado por la dinastía XII, y al sur de Menfis, próximas a la nueva capital, Ity-tauy, ubicada cerca de la moderna El Lisht. Continuaron sepultando a los burócratas y oficiales de alta graduación alrededor de la tumba del rey al que habían servido, pero no tanto como en tiempos del Imperio Antiguo. La construcción, a una escala bastante impresionante, de monumentos funerarios provinciales en lugares como Beni Hasan, Asiut y Mair pasó a ser algo habitual; además, Osiris, el dios de los muertos, gozó de un considerable incremento de popularidad.

Durante la última etapa de la dinastía XIII, la combinación de una serie de gobernantes débiles, el creciente poder de los nobles y, aún más importante, la llegada de los hicsos dieron como resultado el final del Imperio Medio. Durante el Segundo Periodo Intermedio (dinastías XIV y XVII), y por primera vez en la historia del Egipto unificado, hubo gobernantes extranjeros rigiendo parte del país.

Material protegido por derechos de autor

www.elboomeran.com

El término *hicso* deriva de la locución egipcia *heqa khasut*, «gobernantes extranjeros». Las crónicas egipcias correspondientes a épocas posteriores, sobre todo las de la dinastía XVIII, describen a los hicsos como feroces guerreros que cayeron sobre Egipto desde Oriente Próximo saqueando y destruyendo el país para, al final, gobernar el norte desde su capital, Avaris (la moderna Tell el-Daba). Cierta investigación ha propuesto que quizá la descripción facilitada por los egipcios sea un tanto exagerada y que los hicsos no fueron tan violentos como se presentan. Por otro lado, algunas investigaciones recientes apuntalan la tradicional idea de invasores belicosos. Sin duda eran aficionados a la guerra, pues introdujeron en Egipto el caballo, el carro de guerra, el arco compuesto y otras armas hasta entonces desconocidas en el país. No obstante, pronto adoptaron las costumbres, las tradiciones y la religión egipcias, y absorbieron, en gran medida, la cultura del lugar. Mientras los hicsos gobernaban el norte, una dinastía autóctona gobernaba el sur desde Tebas. Los gobernantes hicsos y tebanos se enfrentaron librando varias batallas. Al final los tebanos vencieron y expulsaron a los hicsos.

Ilustración 5. Los caballos y los carros se convirtieron en parte integral de la vida de la realeza tras su introducción en el país durante el periodo hicso. Ubicación: Museo Metropolitano de Arte.

EL IMPERIO EGIPCIO: EL IMPERIO NUEVO

Egipto se reunificó durante la dinastía XVIII, comenzando así un nuevo periodo conocido como Imperio Nuevo (dinastías XVIII y XX), al principio con la capital en Tebas y más tarde en Menfis. Desde entonces Tebas pasó a ser el centro religioso del país, y Menfis, el administrativo.

La etapa correspondiente a la dinastía XVIII, quizá como respuesta a la dominación de los hicsos, se caracteriza por una agresiva política expansionista hacia el norte y el sur por parte de los egipcios. Durante esta época, Egipto extendió sus fronteras hasta la cuarta catarata, en el sur, y conquistó vastos territorios en Oriente Próximo, sobre todo en la zona del Éufrates. El país incrementó su riqueza gracias a los tributos y la actividad comercial. Se pueden ver pruebas de ello en el arte y la cultura material de la época. Buena parte de la riqueza amasada por los faraones se invirtió en la construcción de templos; durante este periodo se erigió la mayor

Material protegido por derechos de autor

www.elboomeran.com

parte del gran templo de Karnak, dedicado al dios supremo: Amón. Este templo se amplió y mejoró a lo largo de todo el Imperio Nuevo e incluso en épocas posteriores. No obstante, durante la dinastía XVIII, en tiempos de Amenhotep III, el faraón pudo haber llegado a la conclusión de que el templo y los sacerdotes de Amón habían adquirido demasiado poder y riqueza, con la potencial amenaza que eso suponía frente a la autoridad del monarca. Esa circunstancia creó los fundamentos para la revuelta religiosa y política conocida como «revolución amarniense».

El periodo amarniense es conocido por el cambio experimentado en las creencias religiosas. Comenzó poco a poco bajo Amenhotep III, pero se llevó al extremo durante el reinado de su hijo, Amenhotep IV. Amenhotep III empezó a distanciarse del culto y el cuerpo sacerdotal dedicado a Amón-Ra y brindar el favor real a otras divinidades, sobre todo a las solares, con quienes asociaba directamente a su persona. Esta circunstancia quizá recuerde a los tiempos del Imperio Antiguo, cuando el faraón se identificaba con el dios del sol, Ra, más que con ninguna otra deidad. Como parte de este cambio, también recuperó el culto a un dios solar de escasa importancia: Atón. Aunque al principio representasen a esta deidad como un hombre con cabeza de halcón, pronto pasó a ser la única deidad egipcia que no se simbolizaba ni antropomórfica ni zoomórficamente, sino como un disco solar del que emanaban rayos de luz. El único elemento antropomórfico que permaneció fueron las manos que remataban esos rayos.

Ilustración 6. Akhenaton y Nefertiti realizando ofrendas a Atón, que, a cambio, les concede sustento derramando sus rayos rematados en manos sobre la pareja real. Ubicación: Museo de El Cairo.

Amenhotep IV llevó el culto del dios Atón al extremo, quizá debido a convicciones religiosas además de políticas. Llegó incluso a cambiar su propio nombre, pasando a

Material protegido por derechos de autor

www.elboomeran.com

ser Akhenaton «Vivo espíritu de Atón», y parece que clausuró los templos de Amón (y Osiris), además de trasladar la capital a un lugar del Egipto central deshabitado hasta entonces: la moderna Amarna o la antigua Akhetatón «Horizonte de Atón». Akhenaton vivió y reinó desde ese lugar, donde floreció el culto al dios solar y al faraón como hijo del Sol. El arte correspondiente a este periodo muestra a Akhenaton y a su familia como individuos de insólita figura, con cabezas elongadas, ojos saltones, vientres flácidos y colgantes y grandes caderas. Quizá el faraón emplease las representaciones de la época para distanciarse, tanto él como su familia, contemplados como seres divinos, del resto del pueblo, que no lo eran. De todos modos, los cortesanos también se representaron de modo similar al del rey, quizá como una especie de halago.

Ilustración 7. El rey Ramsés III, a bordo de un carro de guerra y armado con un arco y flechas, avanza contra el enemigo, que huye a la desbandada ante su ataque. Ubicación: Karnak.

Poco sabemos de lo acaecido en el resto del país durante esta época. Se ha acusado a Akhenaton de no prestar atención a las regiones periféricas del imperio, aunque esta denuncia está sometida a debate. No obstante, resulta evidente que la nueva religión y su máximo defensor, el faraón, disfrutaron de escaso apoyo entre los cortesanos y el pueblo llano. El periodo amarniense duró menos de veinte años. Akhenaton y sus sucesores inmediatos, incluido Tutankhamón, fueron borrados de muchas de las subsecuentes listas de reyes, a pesar del hecho de que sus sucesores restauraron el culto a Amón, dejando que el de Atón volviese, de nuevo, a hundirse en las tinieblas.

Al parecer, durante la dinastía XIX el enérgico gobernante Ramsés II trasladó la capital a Pi-Ramsés, una población situada en la zona oriental de la desembocadura del Nilo correspondiente a la moderna Qantir. Tebas conservó su preponderancia como centro religioso. Egipto mantuvo su prosperidad a lo largo de este periodo y se realizaron operaciones militares contra hititas, libios y nubios. También florecieron las relaciones comerciales, a pesar de las campañas bélicas, y al país llegaba una abundante cantidad de objetos de lujo. Sin embargo, la dinastía XX fue testigo de un cambio radical en el sino egipcio. Egipto sufrió repetidos ataques desencadenados

Material protegido por derechos de autor